

## LA TRANSICIÓN DEL FEUDALISMO AL CAPITALISMO: ¿UN DEBATE EXTINTO? (Notas sobre la reciente bibliografía de Castilla)

POR

JOSÉ ANTONIO MARTÍNEZ TORRES\*,\*\*

Punto de referencia obligado para todos los historiadores, es el debate de la transición del feudalismo al capitalismo<sup>1</sup>. Un tema que, digámoslo de antemano: no está ni mucho menos resuelto. La tarea desde luego no es nada fácil y, por citar tan sólo uno de entre los muchos inconvenientes que hay, no resistimos a la tentación de señalar el ingente número de publicaciones, las cuales, ora matizando, ora señalando algún aspecto novedoso, enturbian más que aclaran el estudio de este «superstar» de la historiografía contemporánea.

Los textos<sup>2</sup> aquí extractados son un fiel reflejo del pormenor aludido. Como se puede apreciar por la nota 2, todos pivotan en torno al investigador estadounidense Robert Brenner, dado que en él reside el logro de haber sacado el debate del callejón sin salida en el que se encontraba en los años cincuenta. Además, gracias a él, la *cuestión de la transición* dejaba de ser una exclusiva del patrimonio marxista; la apertura del debate en las décadas de los

---

\* C.S.I.C.-C.E.H.

\*\* Desde este lugar, agradezco sinceramente, las provechosas conversaciones que he mantenido con mis amigos y colegas, Enrique García Ballesteros y Gregorio Alonso. El agradecimiento también es extensible al magisterio del profesor Felipe Ruiz Martín y a mis compañeros de equipo de investigación en el Centro de Estudios Históricos del CSIC. Por supuesto, el responsable de cualquier error soy yo.

<sup>1</sup> Desde luego, el tema ya había sido tocado por W. Sombart, M. Weber y J. M. Keynes; no obstante, considero el inicio del debate con la obra de DOBB, M., *Studies in the development of capitalism*, Routledge & Kegan, Londres, 1946, (numerosas reediciones), y la respuesta de Sweezy, P, en la década de los 50 en la revista *Science and Society*.

<sup>2</sup> Comentaremos por orden: BRENNER, R. (en inglés, 1977), «Los orígenes del desarrollo capitalista: crítica del marxismo neosmithiano», *En Teoría*, 3, (1979), pp. 58-166; DENEMARK, R. A. y THOMAS, K. P. (en inglés, 1988), «El debate Brenner-Wallerstein», «Zona Abierta», 50, (1989), pp. 123-158; D. C. NORTH (en inglés, 1981), «Estructura y cambio en la estructura económica», Capítulo 6 de *Estructura y cambio en la historia económica*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, pp. 76-86; NORTH, D. C. (en inglés, 1990), *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, F.C.E., México, 1993 (selección de 6 capítulos); COHEN, G. A. (en inglés, 1978), «Las fuerzas productivas y el capitalismo», Capítulo 7 de *La Teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, Siglo XXI-Editorial Pablo Iglesias, Madrid, 1986, pp. 193-237; y, por último, BRENNER, R., «The Social Basis of Economic Development», en ROEMER, John (ed.), *Analytical Marxism (Studies in Marxism and Social Theory)*, Cambridge, C.U.P. y Éditions de la Maison des Sciences de L'Homme, 1986, pp. 23-53.

setenta y ochenta con historiadores no vinculados al materialismo histórico, qué duda cabe, enriqueció la disputa científica, ahora bien, también mostró lo mucho que aún queda por hacer<sup>3</sup>.

En definitiva, de lo que se trata con este artículo es de extraer de los textos propuestos las pautas básicas que nos ayuden a entender la lógica que explica la anterior sociedad y el nacimiento de otra, así como un nuevo tipo de crecimiento económico, esto es, el capitalismo.

Visto esto, a continuación vamos a indicar algunas cuestiones que nos ha parecido oportuno subrayar de cara a un futuro debate; añadiendo como colofón una apretada crítica a los postulados teóricos de Robert Brenner.

Nuestras líneas abren con un sugerente artículo del citado profesor, aparecido en la *New Left Review* el año 1977, y traducido al castellano para la revista *En Teoría* en 1979. Desde los primeros párrafos el lector está avisado de la tesis que le va a acompañar a lo largo del centenar de páginas de que consta este texto. Su empresa no va a ser fácil, pues se trata de demostrar que todo gira «en torno a las relaciones de clase», o dicho de otra forma, «en torno a la transformación con relación al desarrollo económico»<sup>4</sup>. Evento que le llevará a destruir —historiográficamente hablando— los modelos teóricos formulados por historiadores como: A. Gunder Frank, I. Wallerstein y P. Sweezy; éstos, pese a las diferencias obvias que los separan, serán criticados por analizar la Europa preindustrial (protoindustrial dirían E. P. Thompson y M. Berg) desde una lógica capitalista, o sea, *ahistórica*; al igual que por sacralizar el comercio otorgándole el papel de motor del desarrollo económico del que derivaría la división del trabajo, y unas relaciones sociales volcadas en el valor de cambio y no en el valor de uso<sup>5</sup>.

Media docena de puntos son los que recogen R. A. Denemark y K. P. Thomas<sup>6</sup> para activar la polémica que en su día mantuvo Robert Brenner con el padre de la «escuela de los sistemas mundiales», es decir, I. Wallerstein. Todos los incisivos son solventemente contestados por estos doctores en Ciencias Políticas; no obstante, vale la pena detenerse en uno de ellos: la cuestión polaca, ya que en este punto Denemark y Thomas, sin eludir su apuesta historiográfica, nos advierten de la falta de rigor científico de Brenner

<sup>3</sup> Nos referimos a las aportaciones de Postan & Hatcher, Le Roy Ladurie..., recogidas en Th. ASTON y C. H. E. PHILPIN (eds), *El debate Brenner...*, Crítica, Barcelona, 1989.

<sup>4</sup> BRENNER. R., «Los orígenes del desarrollo capitalista: crítica del marxismo neosmithiano», *En Teoría*, 3, (1979), p. 60.

<sup>5</sup> *Ibidem*. «Los orígenes...», *op. cit.*, pp. 70-71 y ss.

<sup>6</sup> Los puntos de crítica de Brenner a Wallerstein según estos estudiosos son: *definición de capitalismo, crecimiento del capitalismo, naturaleza del subdesarrollo, papel del individuo, nivel de análisis adecuado e implicaciones prácticas*.

(¡pese a utilizar las mismas fuentes que ellos!)<sup>7</sup>, de cara a demostrar el escaso impacto que tuvo el comercio en la segunda servidumbre de Polonia.

Personalmente, me inclino a pensar que no debe infravalorarse el peso del comercio en la explicación de la segunda servidumbre polaca, pero, de ahí a ver en el comercio, como hacen Denemark y Thomas, el estímulo, o, más exactamente, el incentivo que explica la segunda servidumbre, creo que es más preciso analizar la «refeudalización» como lo hace Brenner, es decir, como una *coacción extraeconómica* de los señores feudales, que no como una *racionalización económica* de éstos impuesta por la lógica del mercado.

Mejor apreciación me parece el criticar —en cierta medida también lo hacen Denemark y Thomas—, lo que E. Le Roy Ladurie ha denominado la *visión agustiniana*<sup>8</sup> de la Historia de Robert Brenner, esto es: señalar, machaconamente, que el motor de la Historia es la lucha de clases. Esto no es nada nuevo; ya lo sabemos (Josep Fontana, por poner un ejemplo entre muchos historiadores, así lo mantiene desde los años sesenta). Ahora bien, lo que desde luego no sabemos son preguntas del tipo: ¿qué forma adoptó la lucha de clases en Polonia? Cuestión que puede hacerse extensible para el estudio de otros territorios, tal es el caso de la Península Ibérica, la cual encaja en su análisis global gracias a unas escasas páginas —sobre todo en lo que respecta a Cataluña— dedicadas por este autor en su último ensayo<sup>9</sup>.

No obstante, el hecho de que Brenner no se ocupe de la Corona de Castilla, no quiere decir, ni mucho menos, que se carezcan de estudios estimulantes para estos territorios.

Las actuales investigaciones pueden dividirse en tres bloques: político-sociales, económico-financieros e histórico-sociales. Abarcar el panorama historiográfico que se está produciendo en esta triple vertiente es una tarea ardua y que desborda este artículo, sin embargo, no sale de nuestro propósito el señalar los estudios que actualmente más despuntan en cualquiera de estas tres líneas de investigación.

---

<sup>7</sup> La falta de empirismo de Brenner ha sido señalada por Bois, Guy, *El debate Brenner...*, *op. cit.*, pp. 134-135, donde textualmente dice: «El pensamiento de Brenner gira siempre alrededor de un único movimiento; la generalización teórica precede inevitablemente a la constatación directa de las fuentes históricas materiales. (Nota 9. A fortiori cuando no utiliza material recogido por otros). Su punto de partida es el principio fundamental del materialismo histórico: el papel conductor de la lucha de clases y él intenta verificarlo mediante la abstracción reduccionista confrontándolo con los datos empíricos disponibles».

<sup>8</sup> La expresión en: *El debate Brenner...*, *op. cit.*, p. 129.

<sup>9</sup> Recientemente contamos con «Auge y declives de la servidumbre en Europa durante la Edad Media y la Edad moderna», *Hispania*, 192, (1996), (traducción de Pablo Sánchez León), pp. 173-201, el caso de Cataluña en pp. 195-198. De este último autor puede consultarse un interesante estudio: *Absolutismo y Comunidad. Los orígenes sociales de la Guerra de los Comuneros de Castilla*, Siglo XXI, Madrid, 1998; con nutrida bibliografía y siguiendo los planteamientos de Robert Brenner.

En la vertiente político-social, interesa y mucho, el análisis de los poderes intermedios, es decir, los poderes urbanos, pero no para ver —desde una óptica *presentista*— la «braudeliana» traición burguesa, o sea, lo que la burguesía podía haber hecho y no hizo; no, de eso no es de lo que se trata; de lo que se trata es de analizar el ¿qué? de esta *burguesía feudal* (la expresión que recoge Mauro Hernández es de Engels, es decir, su perfil social, sus fortunas y negocios, sus estrategias familiares y sus vías de ascenso social..., pues sólo así podremos *comprender y entender* (en el sentido recogido por Dilthey y Spranger) como hace Hernández Benítez en un reciente libro<sup>10</sup>, a una «burguesía» —los regidores de Madrid— que, como respuesta a la crisis del siglo XVII, se auparon al carro de la «Monarquía Absoluta» (la expresión, que yo no comparto, es del autor; considero más apropiada: Monarquía preeminencial, Monarquía autoritaria o Monarquía feudocorporativa), renunciando a articular en Madrid un espacio social y económico dinámico paralelo al que se produce en ciudades como París y Londres.

En el panorama económico-financiero también soplan nuevos vientos, así como perspectivas de análisis estimulantes para Castilla, ya que recientemente Felipe Ruiz Martín<sup>11</sup> ha demostrado que un factor que se debe considerar —para entender la diferencia que existió entre una Europa desarrollada y otra deprimida, así como un interior peninsular «enfermo» y una periferia «sana»—, es el problema de la moneda de vellón; presente desde «siempre» en Castilla pero muy agobiante desde finales del siglo XVI, y, sobre todo, durante los siglos XVII, XVIII y XIX. Éste es un problema que no encontramos en el Reino de Valencia, el Reino de Aragón y el Principado de Cataluña, ya que sus representantes políticos, gracias a un sistema de crédito saneado basado en las «casas de feria» y en las ferias de Perpiñán, respectivamente, se cuidaban muy mucho de no someterse a los dictados de la *Ley de Gresham*; esto, *grosso modo*, completa la explicación del nacimiento del capitalismo en

---

<sup>10</sup> *A la sombra de la Corona. Poder local y oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)*, Siglo XXI, Madrid, 1995; con anterioridad Bartolomé YUN CASALILLA, «Aristocracia, Corona y oligarquías urbanas ante el problema fiscal. 1450-1600». «Una reflexión en el largo plazo», *Hacienda Pública Española*, (Monografías), pp. 25-41. Omito la bibliografía de Historia Política «pura» por ser actualmente hartamente conocida, no obstante, el que esté interesado puede acudir a los trabajos de Pablo Fernández Albaladejo, Antonio Manuel Hespanha, Bartolomé Clavero Salvador, Ernest Belenguier Cebriá, Ricardo García Cárcel, Pere Molas Ribalta, Jon Arrieta Alberdi y Xavier Gil Pujol.

<sup>11</sup> «El problema del vellón: su incidencia en la distinta evolución económica de Castilla y de la Corona de Aragón en el s. XVII», *Manuscrits*, 15, (1997), pp. 97-104. Además, Felipe Ruiz Martín me informa que el vellón también se da en Italia e Inglaterra aunque sus repercusiones económicas no son tan graves como en el caso de Castilla. Sus últimas investigaciones reflejan que las oligarquías urbanas del País Vasco, también eran —al igual que en Cataluña, Aragón y Valencia— reticentes al cobro en moneda de vellón, exigiendo siempre moneda de plata. Con anterioridad, MOTOMURA, Akira, «The Best and worst of currencies: seigniorage and currency policy in Spain, 1597-1650», *Journal of Economic History*, 5, (1994), pp.104-127, (debo esta referencia bibliográfica a la amabilidad del profesor de Historia Económica de la Universidad del País Vasco, José Ignacio Andrés).

el norte de Europa y la preparación para éste en la periferia de la Península Ibérica, así como viene a ser un giro de tuerca considerable si lo que pretendemos es encarnarnos con el viejo debate, hoy en revisión, de las relaciones *centro/periferia*, o sea, la *court* y el *country*; relaciones que deben contemplarse desde la óptica sincrónica del *colaboracionismo* (centro, court) frente a la *resistencia* (periferia, country), como demuestran los últimos trabajos contenidos en el número 15 de la revista *Manuscrits* (1997).

Histórico-socialmente, el último trabajo de Pedro L. Lorenzo Cadarso<sup>12</sup> explicita que los años que median entre 1521 (Comunidades de Castilla) y 1766 (Motín de Esquilache), no están marcados por la calma social que reflejaban los estudios de algunos historiadores. Pese a que su libro tiene el inconveniente de centrarse en demasía en los motines y revueltas de índole político, lo que verdaderamente sobresale de su estudio (y debería servir para muchos otros) es el hecho de reflejar que Castilla no era una balsa de aceite. Nada más lejano de este idílico panorama es lo que refleja el abundante material pleitístico analizado por Lorenzo Cadarso. Ahora bien, una vez visto que en nuestros territorios no se dieron fenómenos revolucionarios similares a los que se produjeron en Francia e Inglaterra, no deja de ser curioso —y esto debería considerarse en un futuro— el hecho de que aquí se diese un bandolerismo y una delincuencia superior a las monarquías aludidas, como reflejan las tasas de violencia de estudios recientes.

En la línea analítica anterior, es decir, en una línea que intenta dar respuesta a la pregunta: ¿por qué no se produjeron en la Corona de Castilla en el siglo XVII movimientos sociales iguales en intensidad y, en composición, a los producidos en Francia e Inglaterra? Sobresale un extenso artículo de Ignacio Atienza Hernández («El señor avisado: programas paternalistas y control social en la Castilla del siglo XVII», *Manuscrits*, 9, 1991, pp. 155-204); trabajo que, pese a ser algo más que un notable esfuerzo por explicar la inexistencia del conflicto social en la Castilla del Barroco, no ha tenido aún la continuación esperada. El artículo se adentra en el análisis de las formas de legitimación, reproducción y socialización del poder (la influencia de M. Foucault es notoria) de uno de los

---

<sup>12</sup> *Los conflictos populares en Castilla (siglos XVI-XVII)*, Siglo XXI, Madrid, 1996 (con una amplia bibliografía para profundizar en el tema). Para el bandolerismo son útiles los estudios de J. Reglá y X. Torres i Sans; y, recientemente, MADRAZO MADRAZO, Santos, «El bandolerismo en los alrededores de la corte», en *El impacto de la corte*, J. M. LÓPEZ GARCÍA (ed.), Siglo XXI, Madrid, 1998; similares planteamientos en MARTÍNEZ TORRES, José Antonio, «El Bandolerismo en Castilla y la Hermandad Vieja de Ciudad Real, 1550-1715», en *Actas de las III Jornadas de Castilla La Mancha sobre investigación en archivos, «La Administración de Justicia en la Historia de España»*, celebradas en Guadalajara del 11 al 14 de noviembre de 1997. El hecho de que señalemos en nuestro texto el trabajo de Lorenzo L. Cadarso no quiere decir que deban ser pasados por alto los extraordinarios libros que al tema dedica Antonio Domínguez Ortiz, Julio Valdeón Baroque y Salustiano Moreta Velayos. Del mismo modo, sobre delincuencia urbana resulta de interés acudir a los trabajos de Pablo Pérez García.

grupos dominantes de la sociedad castellana: la nobleza. La conclusión a la que llega el profesor es tajante: (as relaciones de poder: señor/campesino en la Castilla del siglo XVII estaban basadas en la deferencia y en el «paternalismo (a diferencia de lo que ocurría en otras órbitas europeas) buscando, y consiguiendo eficazmente, la adhesión y la integración muchas veces con los intereses de los señores, dejando la punición para casos extremos».

En suma, como podemos ver hay líneas más que suficientes, si es que lo que de verdad queremos es contestar —en el sentido más lato de la palabra— a preguntas como la que apuntábamos líneas arriba.

El eclecticismo va a ser la nota predominante en los artículos de Douglas C. North, en una heterogénea obra que busca la «teoría del cambio neoinstitucional». En mor de esta búsqueda, para este Premio Nobel de Economía, tanto valen las aportaciones de los clásicos o «pesimistas» —incluido Marx— como las de los neoclásicos u «optimistas».

Sin embargo, para Brenner, North, no es un «neosmithiano» (como A. Gunder Frank, I. Wallerstein y P. Sweezy), aunque en algunas de sus obras más difundidas sus reflexiones sobre el desarrollo económico son capaces de hacer salir de la tumba a Adam Smith, pues viene a decir que para que se produzca crecimiento económico es suficiente con que una parte de la población sea «ambiciosa»<sup>13</sup>.

Pese a todo, su preocupación, como ha demostrado en el más reciente de sus libros, no va a ser el ¿por qué? del crecimiento económico, sino el ¿qué?, dejando claro que el mercado y otras instituciones económicas funcionan de manera distinta según el marco político en el que se desenvuelvan; además, subraya con especial hincapié que la distribución es una cuestión política. Por último, debe advertirse que nuestra crítica a este famoso economista radica en que él trabaja con una concepción ontológica apriorística por la cual, el individuo persigue una función *maximizadora* que explicaría todo su comportamiento. Tampoco pasaremos por alto el hecho de que sus tesis muestran a los mercados como el reflejo natural de un «estado libre»<sup>14</sup>.

Al texto de North, le sigue Gerald A. Cohen, muy en la línea de lo que se viene denominando marxismo funcional o marxismo funcionalista<sup>15</sup>. Es ahora

<sup>13</sup> Para la reconstrucción de la sociedad rural castellana es fundamental acudir a la información que revelan las secciones: Consejos (Escribanías de Cámara) y Órdenes Militares (Archivo Judicial de Toledo). Me estoy refiriendo a *El nacimiento del mundo occidental. Una nueva historia económica (900-1700)*, Siglo XXI, Madrid, 1978, p. 6.

<sup>14</sup> Nuestras críticas a North se basan en la lectura de *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, F.C.E., Méjico, 1993, pp. 13-42, 43-84 y 139-67.

<sup>15</sup> Una excelente crítica al funcionalismo de Cohen en Elster, Jon, «Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos: alegato a favor del individualismo metodológico», *Zona Abierta*, 33, (1984), pp. 21-62. El apuntalamiento de la tesis de COHEN en van Parijs, Philippe, «El marxismo funcionalista rehabilitado: comentario sobre Elster», *Zona Abierta*, 33, (1984), pp. 81-101. Sobre estos aspectos: PARAMIO, Ludolfo, *Tras el diluvio*, Siglo XXI, Madrid, 1988, *passim*.

cuando podemos decir que verdaderamente el debate impacta de lleno en el núcleo interpretativo de la obra de Marx; reformulando Cohen el materialismo histórico desde un doble plantamiento metodológico: de un lado aplica los criterios analíticos al centro neurálgico de la teoría de Marx y, de otro, justifica los axiomas que componen este centro mediante lo que él llama «leyes consecuenciales» o «enunciados legaliformes».

Dicho de otro modo: Cohen pretende mostrarnos, en un primer punto, la Filosofía de la Historia de Marx de una manera diáfana. En el segundo punto, las cosas son más complejas, pues trata de corroborar las siguientes tesis de Marx: las fuerzas productivas<sup>16</sup>, es decir, los recursos materiales de la sociedad, tienden a desarrollarse a lo largo de la historia; la naturaleza de las relaciones de producción (la organización del proceso productivo en función de la propiedad de los medios de producción), en una sociedad concreta, se explica por el nivel de desarrollo que han alcanzado en ella las fuerzas productivas; y, por último, la estructura económica (término que para Cohen se refiere sólo a las relaciones de producción, o sea, a los aspectos sociales y no materiales de la producción) explica a su vez la superestructura de una sociedad, es decir, el conjunto de las instituciones no económicas de ésta.

No obstante, señalaremos que la objeción a estas tres tesis proviene de los estudios de sociólogos y antropólogos (B. Malinowski, M. Foucault, K. Polanyi, P. Bourdieu, M. Harris, C. Gertz...), los cuales recogen testimonios abundantes de sociedades primitivas que no muestran ningún interés por el desarrollo de su productividad, pues se contentarían, al contrario, cubriendo sus necesidades materiales mínimas.

Sin embargo, el mejor logro de Gerald Cohen estriba en legitimar como leyes consecuenciales, en que el efecto positivo de su cumplimiento (sus consecuencias positivas) lleva a su concreta realización. Señalaremos finalmente, que aunque la mayor crítica a Cohen le viene de la mano de J. Elster, ambos coinciden ante preguntas como: ¿por qué razón si el desarrollo de las fuerzas productivas tiene consecuencias positivas debemos esperar que se manifieste y se generalice? La respuesta de los dos no podía ser más obvia, pues consiste en considerar como consecuencias positivas la capacidad de supervivencia del ser humano en un mundo regido por el libremercado; por tanto, es positivo para una sociedad lo que aumenta sus posibilidades de sobrevivir, no necesariamente lo que hace a sus miembros más felices o libres.

---

<sup>16</sup> El mismo Cohen dice que esto está en el seno de la obra de Marx, recurriendo con frecuencia a la famosa cita de aquél: «El molino de sangre genera la sociedad del señor feudal; la máquina de vapor la sociedad capitalista» en *The Poverty of Philosophy*, Moscú, 1847, p. 122, recogida en: *Karl Marx's Theory of History*, Oxford, 1978, pp. 41-144; mi conocimiento de esta cita procede de HILTON, R., *El debate Brenner...*, op. cit., p. 16 (nota 15).

Por último, cerramos con otro texto de Robert Brenner del que debemos señalar que pese a los nueve años transcurridos entre el primer artículo que abre estas líneas (1977), y este último ensayo (1986), no encontramos grandes novedades, lo que nos lleva a afirmar que las discrepancias entre Brenner y sus polemistas se basan más en supuestos teóricos que no en otros más puramente históricos<sup>17</sup>.

No obstante, algunas cuestiones pueden considerarse de primicias; tal es el caso de su definición de relaciones de propiedad, que en respuesta directa a Gerald Cohen y demás marxistas funcionales, llegará a decir que no es lo mismo que relaciones de producción. Ahí es donde radicaría el error, ya que aquéllos (se refiere principalmente a Cohen) las han leído así en *La ideología alemana* (1847), y, como él mismo demuestra, tal equiparación es errónea, pues supone leer incorrectamente el texto de Marx<sup>18</sup>.

Esto y el señalar cuatro modelos de economía precapitalista, preparan para su sugerente apartado: «rutas a la transición», donde asevera que la posesión colectiva de los medios de producción por los campesinos, impide, o mejor dicho, es un obstáculo para la transformación de una economía precapitalista en una economía capitalista.

En definitiva, ha llegado el momento de señalar algunas cuestiones en las que puede ser criticado Robert Brenner.

Una primera apreciación sería metodológica. Si bien es verdad que los presupuestos teóricos han contribuido mucho al desarrollo de las ciencias sociales, también no es menos cierto que de poco valen éstos si son fruto de la especulación abstracta, más que de la comprobación empírica; cuestión hartamente espinosa y que no debe ser pasada por alto, pues explicaría en cierta medida la escasa respuesta que Brenner y el debate de la transición del feudalismo al capitalismo han tenido hasta nuestros días.

No todo en Brenner son cortapisas; por romper una lanza a favor del norteamericano, diremos que éste tiene el mérito de habernos hecho salir de ese círculo vicioso de explicaciones históricas que daban preponderancia a los agentes externos, minusvalorando los de índole interno. No obstante, advertiremos que pese a ser acertadas algunas de las observaciones que hace Robert Brenner, todavía no es suficiente —como certeramente han señalado Josep

<sup>17</sup> Esto ya lo vislumbró HILTON, R., *El debate...*, op. cit., p. 11.

<sup>18</sup> Soy consciente de la indiferencia en la distinción: *Relaciones de producción-Relaciones de propiedad*, para que funcionen las hipótesis del programa construido por el materialismo histórico; ahora bien, la traigo a colación para reflejar que hay tantos marxismos como intérpretes de Marx. Cfr. JULIÁ, Santos, «Sociologías de la revolución», en *Revueltas y revoluciones en la historia*, Universidad de Salamanca, 1990, pp. 151-163, y en concreto p. 153. La crítica de Brenner a Cohen en «The social basis of Economic Development», en ROEMER, John (ed.), *Analytical Marxism (Studies in marxism and Social Theory)*, C.U.P. y Éditions de la Maison des Sciences de L'Homme, pp. 23-53, y, en especial pp. 40 y ss.



Fontana, Jaume Torras...—, si lo que de verdad se pretende es analizar la reproducción del sistema en todo su conjunto.

Por todo ello, es más fructífero y, sin duda, más operativo tomar como herramienta de análisis el *modo de producción* (y no la *lucha de clases* como hace Brenner), pero no entendido estáticamente —como en su día hiciera el estructuralismo «Althusseriano»—, sino lo más dinámicamente posible, es decir, *interaccionando* e *interconectando* los distintos factores y elementos que surgen del diálogo que mantienen historiadores (entendido en un sentido amplio), antropólogos, geógrafos, economistas, sociólogos y demógrafos sociales; sólo así podremos abordar el estudio de algunas de las cuestiones que Brenner no asume en sus escritos, entre otras: el problema de la acumulación primitiva y en la que tanto han insistido, Lepre, Dale Tomich y Jaume Torras; o, cómo no, la cuestión de las relaciones campo-ciudad, o sea, la vieja polémica de la industrialización antes de la industria (por utilizar el título de un famoso libro de Kriedte), polémica que cuenta con sustanciosas aportaciones como las de Peter Kriedte, John Merrington y Paulino Iradiel en nuestro caso. El segundo inciso a Brenner radica en señalar la todavía notoria «unidimensionalidad» (señalada por otros autores) de su análisis a la hora de explicar el desarrollo económico. Nos explicamos: éste es el reflejo de unas relaciones de clase —modelo inglés— de tipo capitalista, es decir: señor-arrendatario-capitalista-trabajador-asalariado, las cuales, hacen salir a Inglaterra de la crisis del siglo XVII, preparándola para el *boom* económico de la centuria siguiente. Desde luego, su modelo es muy criticable, pues si en positivo «legítima» y explica el caso británico, al contrario, en negativo, explica y «deslegaliza» el retroceso de Francia y de los territorios meridionales, ya que la permanencia de una propiedad campesina (y unas diferentes relaciones de clase al «modelo» inglés) protegida, no permite el deseado crecimiento *autosostenido* que necesitaba el naciente capitalismo. Y es que, aquí es donde el tinglado «brenneriano» hace agua, pues a poco que cotejemos las investigaciones que el mismo Brenner ha dedicado a Francia, con las que han hecho Guy Bois y E. Le Roy Ladurie, por citar a dos de los autores más representativos, veremos que éstos —al contrario que Brenner—, demuestran la existencia de una *vía* o *alternativa* campesina al capitalismo en la que los éxitos alcanzados no son desdeñables. Sin duda, éste es un matiz que deberá considerar en sus futuros trabajos; mientras tanto, nada nos impide que lo veamos, como certeramente ha señalado Jaume Torras, con los ojos de Kaustky, quien, como es sabido, consideraba a los campesinos como la «prehistoria analítica del capitalismo»<sup>19</sup>.

<sup>19</sup> La vía campesina al capitalismo ha sido señalada por MEDDICK, «The transition from Feudalism to Capitalism: Renewal of the Debate», en *People's History Socialist Theory*, Routledge & Kegan, Londres, 1981, pp. 120-29. El entre-

En pocas palabras, la aportación de Brenner es necesaria e interesante por generar agitación en el mundo académico actual que nos toca vivir: un mundo *desmigajado* y estigmatizado por la crisis de la escuela historiográfica más importante de este siglo: *Annales*, así como por la «politización» de la Historia de la que, sin duda, el mismo Brenner es un claro exponente. Finalmente, su mayor aportación —como certeramente observa Guy Bois— radica en señalarnos que una de las muchas «claves» de la transición del feudalismo al capitalismo tiene más que ver con la transformación del mundo rural, que no en cierta obcecación en manifestaciones comerciales e industriales del naciente capitalismo<sup>20</sup>.

---

comillado pertenece a T. SHANIN, «Definiendo al campesinado», *Agricultura y Sociedad*, li, (1979), pp. 9-52, en concreto p. 43. Las similitudes de R. Brenner con Kautsky han sido señaladas por Jaume Torras, «Class Struggle in Catalonia. A Note on Brenner», *Review*, vol. IV, núm. 2 (1980), pp. 253-65. Desde posiciones neoinstitucionales, es interesante ver: EPSTEIN, Stephan R., *An island for itself. Economic development and social change in late medieval Sicily*, Cambridge University Press, 1992, en especial el capítulo 1.

<sup>20</sup> BOIS, Guy, *El debate...*, *op. cit.*, p. 134. En España, creo que no me equivoco si digo que el historiador que más está contribuyendo para interpretar el período anterior al capitalismo en todas sus claves es Jaume Torras. Todavía resulta interesante acudir a su libro: *Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823*, Ariel, Barcelona, 1976, pp. 26, 27 y nota 22, donde se pueden encontrar párrafos tan sugestivos como el siguiente: «Conviene, pues, evitar el planteamiento que, ante la contraposición entre dos estructuras, en este caso, el modo de producción capitalista y el modo de producción feudal, supone que la extensión de una siempre implica, necesariamente, la correlativa retracción de la otra. El capital, en vez de excluirlos o suprimirlos, tiende al contrario a integrar en su proceso de reproducción aquellos elementos exteriores que le salen al paso; por lo que hace referencia a la agricultura, el objetivo del capital no es tanto la modificación de las formas productivas cuanto la interceptación de la renta y el beneficio agrícolas para incluirlos en la esfera de la circulación capitalista».